

(ALGUNAS) FORMAS DEL PRESENTE [1]

Ensayo sobre el concepto de tiempo actual en la construcción analítica de
José Pablo Feinmann

Barberis Pablo

Scaglia Gisela

Cátedra de Análisis Político, Facultad de Ciencia Política, Universidad Nacional de Entre Ríos

Paraná, Entre Ríos, Argentina

pablobarberis@hotmail.com

scagliag@gmail.com

Abstract

This paper is a contribution to debates about the implications of the present in the analytical construction. The subjective observation of a "time that explodes" should collectively approach the need to recognize which are these common experiences of interpretation that have entered into crisis. We note, however in some journalistic political analysis, a return to a substantial present time, ignoring their crises and difficulties. We try to rescue at the present for this kind of theories that cannot stop conceiving it as this fleetingness unable to find quietude, beyond a definitive ethical resolution.

The problem on the symbolic construction of the present brings us back to a form of articulation of meaning that seeks to escape this might be called the order of the information. In this tension is a journalism that believes that the re-composition of the fragments that make up the present time can now be re-represented in the key to closing that the '70th made in the policy. In this tension is the debate about the memory.

To approach this study we chose the Jose Pablo Feinmann's publication is doing in the daily Página 12.

Keywords: present, memory, subjectivism, peronismo, policy.

Resumen

El presente texto es un aporte a los debates sobre lo que implica el presente como instancia analítica. La constatación subjetiva de un "tiempo que estalla" debiera aproximarnos colectivamente a la necesidad de reconocer cuáles son aquellas experiencias comunes de interpretación que han entrado en crisis. Sin embargo notamos en ciertos análisis políticos periodísticos una vuelta a la

forma sustancial del tiempo presente, ignorando sus crisis y dificultades. Buscamos rescatar al presente de una cierta teoría que no puede dejar de concebirlo como esa fugacidad imposibilitada de hallar una quietud, más allá de una definitiva resolución ética.

El problema sobre la construcción simbólica del presente nos remite a una forma de articulación de sentido que pretende escapar a esto que podríamos llamar el orden de la información. En esa tensión se encuentra un periodismo que cree que la recomposición de los fragmentos que componen lo actual puede re-representarse en la clave de la clausura que los '70 hicieron de la política. En esa tensión se encuentra el debate sobre la memoria.

Para abordar esta tarea hemos elegido el caso de la ocurrente forma de publicación que José Pablo Feinmann viene desarrollando en el diario Página 12.

Palabras claves: presente, memoria, subjetividades, peronismo, política.

FEINMANN O LAS TRAGEDIAS DEL “SUJETO POPULAR”

“Esta paradoja del trauma qua causa que no preexiste a sus efectos sino que es retroactivamente “postulada” por ellos entraña un tipo de bucle temporal: es a través de su repetición, a través de sus ecos dentro de la estructura del significante, como la causa se convierte retroactivamente en lo que siempre-ya era.”

Slavoj Žižek, *Las metástasis del goce.*

Exordio 1.

José Pablo Feinmann ha venido publicando en los suplementos de Página 12, desde noviembre de 2007, la saga de su producción *“Peronismo. Filosofía política de una obstinación argentina”*. Lejos de tratarse de una serie de documentos de pura vocación por el debate histórico, aproximan una determinada concepción del devenir que involucran infinitas derivaciones a la comprensión del momento actual. El relato *“feinmanniano”* acarrea unas series complejas -a veces inasibles-, una infinidad de dialécticas que suponen la constitución de curso histórico que resultan en claros ribetes de composición trágica. La comprensión de un tiempo que cumple un irrevocable mandato lleva a la diagramación confusa de un presente en que se conjugan visiones que convocan al llamamiento de la necesidad poco plausible de emancipación de una lógica de disputa política, que encuentra transitivamente la posibilidad de una solución heroica convocada de antemano al fracaso y la persistente “obstinación” de un sujeto popular de permanecer atado a un corpus mítico, sostenido por la deliberada imaginación cínica del costado siniestro de una historicidad maniquea.

El fragmento que sigue a continuación es parte de una empresa mayor. Radica su producción en la intención de desandar algunas tendencias actuales del análisis político que se ofrece desde ciertos medios periodísticos. Esboza una vocación de desanudar una serie de “problemas comunes” en los que recae una actual tendencia de la opinión sobre la constitución de los acontecimientos que son reconocidos -a través de lógicas de interpretación muy dispares- como políticos. Pero es fundamentalmente (quiere serlo), un aporte a los debates sobre lo que implica el presente como instancia analítica. La vocación de un espacio dedicado al análisis político, entendemos, no puede, no debe, tener una inquietud más convocante que entender cuáles son los nudos que obturan su mejor elucidación. La constatación subjetiva de un “tiempo que estalla”, debiera aproximarnos colectivamente a la necesidad de reconocer cuáles son aquellas experiencias comunes de interpretación que han entrado en crisis: y sin embargo, recurrentemente, aquello que se presenta cómo análisis del momento actual, insiste en volver a la forma. Persiste en la sustancia.

Más abajo sigue la deconstrucción de una de esas formas. La idea de una historia que sigue una lógica de desenvolvimiento al menos recurrente, no puede dejar de despertarnos ciertas alertas. Y si bien somos conscientes que debemos (no podrá ser parte de esta entrega), una aportación hacia otras claves que permitan otras lecturas de los acontecimientos, nos contentamos con este pequeño aporte, sencillamente porque la discusión sobre lo que la comprensión de un tiempo es, no debe cesar. Pedimos disculpas anticipadas por el uso indiscreto de ciertas categorías que son carísimas a la filosofía. No desconocemos que su apropiación persigue una declaración -y no tanto- intención. Sospechamos también que quizá no haya otra forma de “hacer” (recuperar) aquello que en definitiva pueda ser la política: las tensiones por *“las interpretaciones públicas de la realidad”* o lo

que en la propia imaginación del inventor de la frase, no pudiera ser otra cosa que una constante lucha por la comprensión de un “tiempo”.

RODEAR EL MOMENTO.

El presente es un problema. Lo es para toda aquella intención de representarlo. Lo asecha la desventaja de la irresolución, de la infinitud. Posee de riesgo y de potencia. Arrastra fantasmas. Empuja utopías. Condensa un número de invitados y de excluidos. Es límite de toda interpretación y proyección. Es el lugar de la definición por definición.

Tiene una relación conflictiva con el pasado. Puede condensar un recorte relativamente incompleto de dimensiones que vienen desde ese atrás. Excluye y agrupa arbitrariamente. Tiende a su simplificación, a su reducción. Se expresa en unas cuantas consignas, no puede dar cuenta de una totalidad constitutiva. Selecciona, segmenta, acota. Excluye. Pero no toda exclusión es deliberada.

El pasado esquivo el momento actual por distintos motivos. ¿Olvido? ¿De quién/es? ¿Es qué cabe la posibilidad de estar todos invitados al mismo juego? Pero entonces frente a un problema mayor: el *tiempo*, sus *sujetos*, sus *causalidades*. Y el consecuente problema de su interpretación (con lo que eso conlleva de acto de limitación). Un presente convoca al pasado a expresar una causalidad. ¿Es posible la elucidación conciente de la misma en todo momento? Pero entonces: ¿qué otras *lógicas del sentido* nos asisten? Qué posibilidad queda para hablar de lo que no puede ser sino indecible. Entonces el fragmento. Pero no nos contentamos sin una totalización. Debemos volver todo tiempo al Concepto. Nos asecha esa Falta. Se hace síntoma en el relato. Necesitamos imperiosamente disminuir el riesgo del *Momento*.

Estamos frente a la evidencia, de una forma del relato que encuentra su razón de ser en la expresión de una ausencia. La falta que puede resultar de la imposibilidad de control del devenir. Entonces estamos frente a la *tragedia*. Pero ya no hay dioses que detengan los hilos invisibles que controlan el devenir. Esta vez, el presente inconcluso, trágico, se expresa por la asistencia de una serie de espectros que hacen carne en consignas que nos “obstinan”. En sujetos que las asumen. Pero esta no es sino la asunción de una negatividad. La síntesis de la historia: ¿radica en la superación del viejo dilema del ser nacional? Hay un pueblo: ¿y está su enemigo?

Las páginas que siguen buscan rescatar el presente de una cierta teoría que no puede dejar de concebirlo como esa fugacidad imposibilitada de hallar una quietud, más allá de una definitiva resolución ética. Busca “exorcizarlo” de una memoria que pretenda asumir rango de teoría del devenir. Prevenirlo de su complejidad. Extirparlo de esas visiones binómicas que lo encapsulan en transcurrir maniqueo que niega su conflictividad inherente, para asumir la ficción de una dialéctica irreductible, que ancla estructuralmente las posiciones de sus referentes. En definitiva, devolverle una productividad explicativa, arrebatada en esa proyección del pasado al aquí/ahora. A tales fines, nos proponemos una tímida deconstrucción de esta noción de la historia sirviéndonos del apoyo de algunos “no tanto” y otros eventuales socios.

Pero la vocación por esquivar estas trampas del pasado, no debe entenderse como una celebración absoluta del presente. La empresa dista mucho de una intención de eludir el debate sobre las responsabilidades -en retrospectiva- que competen a aquellos actores que construyen este presente. En tal sentido, avanzamos sobre la noción de la imposibilidad de un acuerdo sobre la interpretación pública de algunas acciones. Concebimos el presente como la llegada de algunas trayectorias. Pero sospechamos del lugar que algunas “causas” de esa Historia, han tenido cómo desencadenantes de

ciertos procesos que explican el presente. La exterioridad constitutiva del discurso, cumple la función de ser la tapa de un recorrido traumático (traumático por la incapacidad de sus protagonistas de ser asumido).

BREVÍSIMA DIGRESIÓN METODOLÓGICA.

Para muestra: un botón... o small is beautiful.

Para el presente estudio de las textualidades que evitan referir al presente para terminar hablando de él, hemos elegido el caso de la ocurrente [2] forma de publicación que José Pablo Feinmann viene desarrollando en el diario Página 12.

Queremos antes de comenzar, hacer una serie de consideraciones al respecto. En primer lugar, hay toda una serie de elementos que hacen al estilo. Feinmann se despoja en esta ocasión (aunque en general del recorrido por algunas de sus obras se pueda afirmar que jamás lo tiene), de cualquier recomendación de ordenamiento textual al estilo académico. Desde la perspectiva de quienes escriben, esto resulta en absoluto un prerrequisito de científicidad. Si decimos, que no hay un orden lógico en la búsqueda de recursos argumentales. No hay definición de toma de posiciones teóricas [3]. En su lugar se ofrece una prosa que discurre en primera persona. Pero cuando decimos “en primera persona”, hacemos también referencia, a un orden absolutamente arbitrario de asociaciones que desconoce tanto familiaridades filosóficas, cómo referencias temporales cronológicas.

Pareciese así, que el autor entabla una especie de sociedad con el lector, en la que no puede existir sino al menos un nivel de razonabilidad preacordado. Los hechos, los referentes mencionados, más allá de su distancia histórica, se asocian provisoriamente de una manera anárquica en la prosa “*feinmanniana*”. Hablar en primera persona, implica a menudo la posibilidad de ontologizar hechos y personajes constantemente por fuera de las condiciones que les aportaron algún nivel de notoriedad (y no es que se nieguen algunas coincidencias sobre ciertas condiciones de “pobreza histórica” que hicieron posible tan notoriedad). El lenguaje además, deambula entre juicios cargados de visceralidad contra algunos personajes, con el apoyo incondicional que cierto amigo que su biblioteca le aporta -de la mano de toda una tradición-, de cuya filiación caben al menos ciertas dudas tanto respecto de las ideas que se los pone a sostener, como de la situación ficticia de caminar una misma vereda que otros invitados, para justificar tal o cual “cosa” de nuestra historia nacional.

Por tales motivos –y otros en los que no resulta relevante detenernos más-, hemos decidido acotar el número de capítulos que decidimos poner en este juego analítico, ya que por las características esbozadas, a los efectos de este trabajo, la incorporar mayor número nos resulta una tarea inconmensurable. Precisamente, nos agotaría en la tarea de medir en cada ocasión algunos niveles de incongruencia histórica y teórica tomo tras tomo; por otro lado, nos perdería en una maraña de percepciones autobiográficas que sólo tendrían por objeto ciertos acontecimientos del pasado que nos interesa indagar en este trabajo. Pensamos un trabajo que “aborda los abordajes” pasado que sirve para evadir la problematización sobre el presente, y no un trabajo de discusión historiográfica sobre cada elemento reportado en los sucesivos informes.

La pregunta irremediable a esta altura, sobre por qué insistir en el autor, aún evidenciando todas estas dificultades, resulta un punto necesario de aclarar también. Y es que sencillamente, Feinmann representa una forma difundida de entender el presente. Es la expresión de una lógica de representación que expresa la dificultad de asumirlo en su complejidad. Es la búsqueda en lo remoto

(y cuando decimos remoto, decimos pasado despojado de serialización posible), para no asumir el compromiso de una toma de posición frente a lo incierto: el presente. Presente despojado de prisma doctrinario que lo filtre y lo aliviane. Presente desbordado de un caos informacional que deja ya hace tiempo de ser particular. Presente que más que nunca se presenta presente. Que desconoce la narración, la alegoría; que desordena sus más elementales componentes míticos para ofrecer sus alternativas de juegos del “todo vale”. Decimos que el relato de Feinmann, como otros, no invierte el efecto: acelera el efecto. No ordena. Del presente sólo admite su dimensión caótica, la lleva hacia atrás en el tiempo y la devuelve más desordenada. Trae en definitiva sus fantasmas a hablarnos, y los trae cargados de duelo [4].

PEDIRLE AL FANTASMA QUE HABLE (Un intento deconstructivo.)

*...el duelo. No hablaremos sino de él.
El duelo consiste siempre en intentar ontologizar restos,
en hacerlos presentes,
en primer lugar en identificar los despojos y
en localizar a los muertos
(toda ontologización,
toda semantización –filosófica, hermenéutica o psicoanalítica-
se encuentra presa en este trabajo del duelo pero,
en tanto que tal, no lo piensa todavía*

Jacques Derrida, ESPECTROS DE MARX

1. De la obstinación a la obsesión.

Qué se pudiera querer decir con *filosofía política de una obstinación argentina*. ¿Hay una lectura positiva posible de tal concepto?

A primera vista surge una serie de elementos fundamentales: la primera es la asunción traumática de una identidad. La segunda es que el trauma implica una lógica del sentido: una filosofía. La tercera -y como variable dependiente de las dos primeras,- remite a un principio lógico de circularidad: el peronismo persiste; lo hace enfermizamente; lo hace reeditando lo que jamás pudo resolver. Estamos frente a una ontología incompleta -en eso estaríamos de acuerdo-. El problema lo tenemos, cuando se empieza a traslucir la demanda del Ser, que alguna vez estuviera llamado a concretar un plan Ideal de Realización.

Pero detengámonos unos instantes en el concepto de *obstinación*. En el capítulo de presentación de la serie, Feinmann arriesga al menos tres conceptos posibles:

Un primer momento representado por la siguiente expresión:

“(Balbín) Pareciera jugar dentro del campo del peronismo. Sin duda, contribuye a su perdurabilidad, a su capacidad inagotable de sumar, que es parte sustancial de su obstinación” [5].

La primera aproximación remite a la vocación (aparentemente) irremediabilmente hegemónica del peronismo. Tal capacidad inagotable de sumar, dice Feinmann, lleva a los propios rivales políticos a la necesidad histórica tentativa de situarse dentro de él. Feinmann menciona “el abrazo” del líder radical en el discurso de despedida a los restos de Perón muerto, como una puesta discursiva que lo sitúa en el mismo interior de la liturgia justicialista. El peronismo aparece como aquella esencia

llamada a sumar para sí cuanta particularidad se le aproxime. Tal situación, no aparece connotada positivamente. La capacidad de atraer lo otro, es parte de su estructura obsesiva.

La tentación por mencionar el (a esta altura) “episodio” Cobos, sin pasar por un análisis de la mentada transversalidad, resulta imposible de evitar (recordemos la vocación de problematizar el presente). Pero dejemos ese capítulo para otro momento, no sin antes mencionar que Néstor Kirchner deambuló ambivalentemente por la tentativa de *desperonizarse* y *reperonizarse* después, y eso tuvo más bien que ver con una cierta forma de entender las posibles “correlaciones de fuerza” dentro y fuera de lo que pudiera constituir lo que Feinmann en algún lugar (y junto con tantos otros) llaman el “aparato” del partido justicialista. Creemos, que el posible abordaje negativo de este proceso, tiene que ver con haber confundido que tales tomas de posicionamiento, retóricas aperturistas y conciliadoras mediante, no constituía más que una estrategia de consolidación de su poder, que en cuanto evidenció la mínima sensación de estar pisando sobre terreno firme, se apoyó sobre toda una serie de estructuras tradicionales, echando por borda toda esa discursividad abundada de aperturismo partidario, improntas fundacionales, nociones redentoras que articulaban las utopías de lo salvífico, que superaban un pasado signado por crisis, múltiples recambios presidenciales, default, negociaciones casi incomprensibles para la reincorporación del país en el sistema internacional. Entender a Cobos como el emergente/sobreviviente de esa transversalidad constituye al menos un gesto de simplificación exagerado de lo que quisiéramos entender por “sentido de la oportunidad”. Implicaría desconocer las características peculiares de las internas propias del radicalismo; de las pretensiones de ciertos sectores de reacomodarse después del profundo proceso de deterioro que dejara a nivel nacional la coyuntura De la Rúa. Pero explicar estos desplazamientos partidarios por aquella tendencia obsesiva del Peronismo, de todo traerlo para sí: nos representa una vocación por sustanciar la materia histórica, despojándola de la riqueza de los detalles particulares propios de cada proceso.

Un segundo momento:

“Otra variedad de la ‘obstinación’ peronista cuyo análisis requerirá espacio, tiempo y templanza, si es que deseamos apartar de nosotros el único modo de recordarlo: el de la ira, el de una insoslayable y fiera vehemencia. Trataremos de hacerlo. Buscamos tornar transparente hasta lo posible nuestro objeto de estudio. Será sensato advertir que parte de esa transparencia estará en las pasiones, en las broncas, en las heridas aún abiertas porque fueron hechas para sangrar sin perecer, de las que estamos hechos. Este ensayo se escribe buscando todos los rostros del objeto al que asedia, pero ese “objeto” (el peronismo) ha provocado, en todos nosotros, desilusiones, tristezas, derrotas, pérdidas sin reparo, muertes que no debieron ser”[⁶].

El peronismo aparece obsesivo porque desata todo un despliegue de referencias viscerales hacia el. Porque no hay forma de atravesarlo sino por aquellas negatividades que suponen los sentidos de las pérdidas. El peronismo es tanto la estructura de lo incumplido (la dimensión utópica conducente a la Nada); cuanto cómo el responsable de las mermas humanas, víctimas de una historia escrita con sangre. En este punto, no hay un detenimiento del autor por efectuar un análisis crítico de lo que esas ausencias implican en cada caso. Como el mismo dice *“ese “objeto” (el peronismo) ha provocado...”*. Entonces el objeto aparece como algo clausurado, unificado. Tal ontologización lo priva de cualquier chance de separar responsabilidades: lo que ha pasado, parece haberse realizado “en nombre de...”. El peronismo aparece como La Causa, con mayúscula, en cada caso. Pero existe además la intención declarada de abordarlo pasionalmente.

Este segundo punto nos devuelve a la necesidad del abordaje de la noción de *trauma* subyacente a la interpretación de Feinmann del peronismo como sujeto histórico. El trauma deviene del problema del autoreconocimiento. Llamamos en teoría política, el problema de la identidad. Compartamos con Feinmann la ficción de la constitución Ideal del Sujeto Peronismo como algo dotado de unidad. Como integridad Ideal, Hegeliana. Es que sólo en esa dimensión como sujeto que se hace (aunque no se piense), cabe la noción de la experiencia colectiva de la Obsesión Traumática. La pregunta es que pulsión nos moviliza a objetivar la Causa de ese principio de identificación. Volverla exteriormente uniforme: Peronismo. La circularidad mítica implica su dehistoricización. El que “ha provocado”. Hemos sido parte de algo mayor que nos ha empujado. Nos ha desgarrado, en ese proceso de reedición del presente que nos detiene (ya que por más que Feinmann asuma en ocasiones, una posición de externalidad al peronismo en su relato, supone además que en alguna instancia es parte, porque lo ha atrapado y también lo sujeta a un “nosotros” preso de una relación obsesiva: “...en las broncas, en las heridas aún abiertas porque fueron hechas para sangrar sin perecer, de las que estamos hechos...”).

La “experiencia abismal” nos sitúa en la falta. Pero la teoría “*feinmanniana*” del devenir trágico, no puede ser sino una teoría del presente. El presente que opera en el asedio del Retorno. Aparece como *déjà vu*, ahí donde debiera haber empujado a la realización del Ser, pero que en cambio consume transitivamente sus simulacros.

Feinmann nos deposita en la trabajosa combinación de un psicoanálisis colectivo, leyendo los problemas del devenir de un Sujeto Pueblo, que reedita los traumas que atraviesan su desarrollo. Una filosofía política para una obsesión.

“Esto es lo que Lacan tiene en mente cuando habla de la sincronía del significante, opuesta a la simple simultaneidad atemporal: la sincronía designa la sincronización, la sincronía paradójica del presente y el pasado, es decir, el bucle temporal donde, mediante el avance, regresamos a donde siempre-ya estuvimos. Allí reside el sentido de la obsesión de Lacan por los modelos topológicos de espacio “curva” en las décadas de 1960 y 1970 (la cinta de Moebius, la botella de Klein, el ocho interno, etc): lo que todos estos modelos tienen en común es el hecho de que no pueden ser aprehendidos “de una mirada”, “de un vistazo”; todos entrañan en un tipo de temporalidad lógica, es decir, primero debemos dejarnos atrapar, convertirnos en la víctima de una ilusión óptica, para poder llegar al punto de inflexión en el cual, de pronto, la perspectiva completa cambia y descubrimos que ya estamos “del otro lado”, en otra superficie, en el caso de la cinta de Moebius, por ejemplo, la “sincronía” se produce cuando, después de pasar a través de todo el círculo, nos encontramos en el mismo punto, aunque ya en la superficie opuesto. Es imposible pasar por alto los matices hegelianos de esta paradoja: ¿acaso esta repetición de lo mismo, este retorno a lo mismo, que produce el cambio de superficie no ofrece la perfecta ilustración de la tesis hegeliana sobre la identidad como contradicción absoluta? Además, ¿no fue el propio Hegel quien afirmó qué, a través del proceso dialéctico, la cosa deviene los que es”[7]

En un tercer momento:

“obstinación peronista. Es una obstinación argentina. Si la obstinación prosigue, si no se detiene, es porque todos la alimentan. Peronistas y no peronistas”[8].

La referencia schmittiana de la frase de lo político, resulta ya evidente -aunque después se dedique especialmente a dejarlo claro-. Aunque en un licencia teórica absoluta, coloca a Schmitt y a Chantal Mouffe, cómo dos autores que puedan servir para explicar la misma característica del peronismo [9].

Pero tales referencias se mencionan como al pasar. No vemos un desarrollo teórico ulterior en el que se expliciten cuáles son las posibles filiaciones del pensamiento del teólogo político Alemán, con algunos despliegues de la doctrina, ni con lo que se pudiese entenderse por la lógica de subjetivación de lo Uno. Ese principio de interioridad, que define el límite de lo exterior, para así identificar lo Otro –el enemigo- y hacer posible lo político. De esta forma la visión trágica del tiempo. No aparecen detallados los principios fundamentales de esa identificación y si en cambio, aparece otra vez la visceralidad trágica del antiperonismo, como condición de aparición de la obstinación.

Pero porque el peronismo sigue diciendo (dando tela para cortar): “el fantasma” viene cuando el reino está en crisis.

No está claro para Feinmann que puede terminar de ser ese adentro constitutivo del peronismo, pero está claro que hay algo que lo referencia como su exterior absoluto: un antiperonismo. ¿No es que el autor repita acaso el error de prefigurar el ser detrás de su nomenclatura? ¿Puede haber sólo uno? ¿Todo lo que fue o es antiperonismo, debe referenciarse antes visceralmente frente a él? Sin pasión el relato trágico pierde su despliegue heurístico. La pasión está, hace historia, el efecto es inexpugnable. Pero además debe siempre jugar en referencia al objeto de su pulsión, el objeto obsesivo de la pulsión. Nos preguntamos qué ponderación cabe a la gravitación histórica de un sujeto que no puede superar la instancia hegeliana de la necesidad. Nos preguntamos por esta dialéctica invertida. La que lleva a la Obsesión y no a la Realización. Y nos resulta en una operación que establece la escasa valoración de ese Pueblo que no puede escapar de los avatares que su historicidad le tiene previsto. Feinmann reduce el pueblo a sus obsesiones. La nomenclatura traza el límite. Sólo resta esperar lo trágico. No está escrito, si establecido. El binomio de la amistad/enemistad sigue escribiendo el curso de los hechos ahí donde se la abre el espacio de lo político. El conflicto será irreductible, pero su definición no debiera ser trágica.

LA ESPECTRALIDAD Y DEMANDA DE JUSTICIA

*Por consiguiente, resulta inútil precisarlo aquí, y
más aún insistir excesivamente en ello:
no hay ningún gusto por el vacío o por la destrucción
en quien satisface esta necesidad de
«vaciar» continuamente y de
deconstruir respuestas filosóficas que consisten en totalizar,
en llenar el espacio de la cuestión o en denegar su posibilidad,
en huir de eso mismo que aquella habrá permitido entrever.
Por el contrario, se trata aquí de un imperativo ético y político,
de una llamada tan incondicional como la del pensamiento
del que no se separa.
Se trata de la inyunción misma -si es que la hay.*

Jacques Derrida, ESPECTROS DE MARX

¿Por qué Feinmann es la expresión de una necesidad de construir el límite interior y exterior del peronismo? ¿Que es aquello que no se puede fundar si no existiera el ente que arrastra desde el

pasado su demanda de resolución? ¿Cuál es en definitiva la operatividad de traer el pasado al presente? Hacerlo hablar. ¿Se puede hablar de Peronismo esencialmente cómo aquello que se expresa desde su historia? ¿Cuáles serían las limitaciones de esa construcción traumática, trágica? Quizá la evidencia de una lógica del sentido que expresa oblicuamente una interpretación socialmente compartida.

En la prosa de Feinmann la polis que demanda el orden encuentra en las voces del pasado la respuesta de la promesa incumplida, como forma de evitar la ausencia de la utopía que expresa este presente. ¿El fantasma viene a hablarnos acaso, porque el rey está corrupto? ¿Por qué el logos ha perdido la potencia de dotar de sentido el presente? Entonces la promesa se vuelve a romper. El principio de la circularidad del trauma nos deposita en el mismo sitio pero del otro lado de la superficie. El presente. Producto de la historia que repite su tragedia, su comedia. La necesidad de alivianar la incompletitud devuelve la imagen de un presente irresoluble, pero no ya por la capacidad de la filosofía de captarlo en su totalidad. Es la tragedia de la obstinación del ente [¹⁰].

La propia dialéctica “*feinmanniana*” aparece como demanda de rectitud. El fantasma retorna con sus valijas de miedo y remembranzas de cuestiones del Ser que deben resolverse, pero viene para exigir que la historia retome su curso.

“El golpe fatal, el entuerto trágico que habría sido hecho en su nacimiento mismo, la hipótesis de una intolerable perversión en el orden mismo de su destino, es el haberle hecho ser, a él, a Hamlet, y nacer, para el derecho, en virtud del derecho, reclamándole así que vuelva a poner el tiempo en el camino derecho, a hacer derecho, a impartir justicia y enderezar la historia, el entuerto de la historia” [¹¹].

¿SE PUEDE SALIR DEL “ATOLLADERO DE LA HISTORIA”?

1. ¿El presente cómo?

Nos preguntamos, en qué tipo de dispositivo de la memoria se guardan tales lógicas de reproducción cultural internas y externas al peronismo. Hay una obsesión, es la lógica de una filosofía, una lógica de sentido. Cómo se almacena. A partir de qué disposiciones sociales se reproduce. Cómo atraviesa la historia. Aún en el caso, en que toda la estructura del peronismo pueda ser reducida a una libido “imaginadora”, “promotora”, “buscadora”, de poder: entonces aún así, cuantas otras instancias de subjetivación que forman parte de esa complejidad no totalizable que es el peronismo, quedarían fuera; con sus particulares complementos generacionales, históricos, regionales.

Concluyendo este avance parcial de las explicaciones del presente nos queda poner en evidencia las preguntas que pudieran orientarnos a otros abordajes del presente. La promesa del trabajo que debe seguir, necesita avanzar más allá de la deconstrucción de los relatos del devenir.

¿Cabe otra pasión que no sea obsesiva? La teoría debe recuperar un lugar mejor para la pasión, lo libidinal. Debe considerarse parte de una teoría del sujeto. En definitiva, a partir de qué dispositivos teóricos podemos darle un lugar al deseo en la problematización de las lógicas de constitución subjetiva, que sirva para explicar algunos problemas de la política por fuera de los lineamientos formalistas del pensamiento liberal clásico. En definitiva, el lugar irreductible del conflicto en la constitución del lazo. Las posibles derivaciones a una explicación más compleja de la violencia.

En definitiva, salir del rulo fatídico del presente como devenir de la negativa lógica del Duelo, la Falta, la Culpa, el Trauma (Obstinación: el asedio del fantasma viene en la crisis). La lógica Circular de un presente como repetición trágica.

Hay un potencial explicativo más allá de la memoria en el presente. Incluso en ese presente que interpela esa memoria en la lógica de este propio presente: la lógica de “la información” [12].

El poder debe ser interpelado en cada época, y debe tener una correspondiente perspectiva sociológica (el poder estudiado como juego de poder) que lo aborde, en cada una de las dimensiones donde admita una resignificación, un redimensionamiento.

La retórica debe tener su propio espacio. No solo como forma de interpelar el tiempo. Debemos seguir explorando aquellas estructuras que permiten delinear el límite del significante. Discutir el juego de poder que desata el lugar de la designación y avanzar en las claves para entender los dilemas de la interpretación, de la representación.

Y al final, reingresar al problema de la temporalidad desde una perspectiva más amplia. Leer la peculiaridad del momento. Resignificar el acontecimiento. Detectar niveles de continuidad estructural de algunas dimensiones. Desagregar la coyuntura de las “largas duraciones”.

Aunque no podamos dejar estas cuestiones más que en el terreno de la intención, nos parece importante al menos mencionar (aunque más no sea aquellas que encontramos “en la evidencia de su ausencia”) las que hoy entendemos, son las más significativas. Los esfuerzos a venir irán en ese sentido. Hasta el momento, sólo hemos podido detenernos en aquellos otros sentidos que obturan las miradas del momento actual. Sea la tragedia quizá, una de las expresiones más significativas del problema.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Feinmann, José Pablo. **Peronismo, filosofía política de una obstinación argentina**. Diario página 12, ediciones digitales. Los mismos pueden encontrarse en URL: <http://www.pagina12.com.ar/diario/especiales/18-109422-2008-08-10.html>. [13] Última consulta: 03 de marzo de 2010.

Derridá, Jacques. **Espectros de Marx**. *El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Traducción de José Miguel Alarcón y Cristina de Peretti, Valladolid, Trotta. 1993

Slavoj Žižek, **Las metástasis del goce**. *Seis ensayos sobre la mujer y la causalidad*. Paidós, Buenos Aires, 2005.

FEINMANN, LA MEMORIA, EL SENTIDO.

*El ensayo literario propone una tesis gótico-romántica muy seductora.
Nos dice que los escritores son seres que en la penumbra de las noches de niebla,
cuando todo el mundo duerme,
se reúnen junto a un grupo de elegidos - lectores y críticos –
y les cuentan los secretos del día.
El narrador está destinado a transmitir la contraversión
de la historia oficial. Macedonio Fernández, Roberto Arlt,
hasta el polaco Gombrowicz, son utilizados para legitimar
críticos profesionales que tienen malestar universitario.
Es bueno coleccionar malditos, fracasados, locos,
algún suicidado, exilados, torturados y asesinados,
para presentarse en la sociedad letrada^[14]*

Exordio 2.

El motivo del presente capítulo es contribuir a un debate. O lo que es mejor, a una forma de debatir. En definitiva un aporte. Se presenta abierto por pretender enrolarse en un campo de construcción discursiva que rechaza –digámoslo así – por esencia, la clausura de la significación dogmática. A saber: la crítica. Pero preguntarse sobre la posibilidad efectiva de la crítica en los tiempos que “fluyen”, es algo que no sólo escapa a la intención y posibilidad de este trabajo; sino que además ha sido resuelto en mejores ocasiones por otras mentes más inspiradas^[15].

Nos convoca pensar entonces a través de que mecanismos –categoría esta que provisoriamente pretende estar despojada de mecanicismos- se construyen los sentidos de lo actual. Qué lógicas –si es que siempre se puede hablar de que hay una- de su constitución operan para dar alguna forma a esto que llamamos el presente: en la prédica del campo en el que nos desempeñamos: el momento actual.

Entonces aparece una primera cuestión que atiene a un principio de “deformación profesional”. Y es que no podemos sino ver este presente como un espacio de luchas. Como la afrenta de una serie de batallas que pueden tener una tendencia a perder sus registros. Así también, como la disposición de una serie de voluntades que conocen bien un oficio; que se enrolan en el proceso más racionalista del cálculo en un campo donde no necesariamente se pisa siempre en firme. Entonces la política. Pero una sin tablero definido. No hay posibilidad de tal cosa en un contexto en el que el discurso tiende a su disolución. Y no por adscribir a los Apocalipsis posmodernistas del relato. Es que la estructura (digamos que si la hay) de la comunicación nos empuja a la imposibilidad de eso que Scott Lash llama la imposibilidad de un trascendental ^[16]. Entonces, sin dramatismos, el lugar del periodismo es necesariamente otro. Posiblemente resista en el imaginario romántico del compromiso con “la causa”. Pero tal causa, será en todo caso otro trascendental imposible.

Desde estos lugares nos planteamos una visión desdramatizada de lo real, recuperando la noción de que el motivo de nuestras lucubraciones versan sobre lo existente, y no sobre sus ausencias. Y en esta búsqueda de desnudar los costados menos visibles de ciertas lógicas de producción discursivas –entendidas siempre estas, como un dispositivo, un recurso desplegado, en la prosecución de algún fin político-; enmarcamos esta propuesta de debatir con quienes hoy aparecen como los analistas que descubren las tramas que a veces enmascara el momento actual. Es con ellos y a partir de ellos con quienes nos proponemos desdramatizar el momento actual echando alguna luz en los costados más endeble de la retórica periodística, argumentando a su vez con aquellos que nos parecen

arrojan algo más que ausencias en la lógica discursiva del momento. Y es en razón de ello que elegimos transitar a partir de lo que en el análisis de Feinmann se dramatiza como el pasado y el olvido. Desespectralizando el pasado, donde “la verdad”, las culpas, las traiciones, las razones y los sentidos sean puestos en disputa para dar cuenta de una trama de relaciones que hoy encarna la política. Si asumimos que cada época resignifica socialmente el alcance y contenido de ciertas consignas, coincidiremos en que la memoria, el rescate de la historia y la temporalidad en la que se estas se inscriban no resultarán de ningún modo construcciones lineales dispuestas a descomplejizar los por qué y para qué de algunas apuestas.

Desde los contrapuntos discursivos que podemos encontrar entre José Pablo Feinmann y Tomás Abraham pretendemos en estas cortas líneas abordar cómo influyen y se constituyen lo político y lo discursivo en sus relaciones, complejidades, apropiaciones y algunas veces simplificaciones de lo “real” y sus implicancias; redescubrir la subjetividad de la política dando cuenta de los discursos que la interpelan, del lugar que le dejan librado a la productividad histórica de la acción individual y colectiva, de los niveles de estructuración que condicionan sus intervenciones sociales y políticas, del lugar del significante y el significado en el proceso de constitución subjetiva de los agentes: Interiores y Exteriores Constitutivos; las (re)definiciones sociales y políticas de lo temporal y sus apropiaciones y la construcción del momento actual. El “movimiento” hacia el análisis de la actualidad se entiende así como el proceso de corte momentáneo en un momento de todas estas tensiones.

“Una tensión es el plasma inmanente de una identidad. El trazado de nuestra individualidad se orienta según otra presencia, o, según otra ausencia. El modelado de las caras, la fijación de ciertos gestos, el tono de las voces, la caída y el brillo de las miradas, la lentitud o la precipitación de los movimientos, la construcción de un cuerpo se diagrama en un campo de fuerzas, así también los textos”^[17].

El problema entonces parece ser que la construcción simbólica del presente, nos remite a una forma de articulación de sentido que pretende escapar a esto que podríamos llamar el orden de la información. Qué desafíos supone pensar entonces un “orden” cuya característica fundamental es el desconocimiento de una lógica de construcción en el sentido de lo que la soluciones discursivas de los relatos modernos nos ayudaban a representar. En esa tensión se encuentra un periodismo que cree que la recomposición de los fragmentos que componen lo actual puede re-representarse en la clave de la clausura que los ‘70 hicieron de la política; en esa tensión se encuentra el debate sobre la memoria; y en esa encrucijada el invitado a este análisis: el señor José Pablo Feinmann.

EL PRESENTE COMO SOMATIZACIÓN DE LOS MALES DE LA MEMORIA.

Si, sabemos que el primer flanco de críticas a lo expresado hasta aquí vendrá por una acusación de propuesta política posmodernista de este enfoque. ¿Es posible tal cosa? Habría cabida a una posible imputación de *estrategia de vacío* en estas palabras. Una vocación por correr a la política del lugar de la mediación pertinente a la posición moderna. ¿Existe tal cosa? Si, o mas bien persiste. Pero la intención no sería desplazar la política para dejar lugar a otra cosa. La intención es entonces resignificarla. Dar con alguna huella que nos permita andar el camino de discutir el presente, sin apelar a la construcción mítica del pasado. A su abordaje deshistorizado. A su composición antinómica (lo que es una manera mesurada de decir dialéctica), maniquea, que desconoce anclajes en procesos históricos complejos, con multiplicidades, complicidades que van mucho más allá de dos, y que son bastante más carnales que algunos supuestos demonios.

Presentamos hasta el momento desordenadamente, dos problemas. Uno refiere a la discusión sobre el lugar de la política; el otro a la manera de entenderla, contarla, explicarla. Decimos que son ambos fenómenos, síntomas de una cultura en crisis, lo que podría resultar en definitiva positivo. Decimos hasta ahora entonces, que el problema es la representación trágica de la idea de crisis lo que pone velos a la cuestión. Tenemos la sospecha que por momentos Feinmann, contribuye muy poco a salir de este registro [¹⁸].

Queremos dejar en claro que la política no está en la solución del pasado, porque lo que se recuerda o quiere recordar de ese pasado puede no ser necesariamente lo que ocurrió; pero además, porque el problema actual de la discusión política, no sólo pasa por resolver la *justicia* que el presente pretende del pasado. El problema, entre otros, es ver que apropiación simbólica del pasado, se produce con fines políticos para el presente. Cuanto hay de retórica vacía. Cuanto hay de comodidad en la intención de no hallar salidas de la posición moderna del compromiso con un pasado: se insiste en no advertir que las generaciones que sucedieron a la década del '70, pueden no compartir el imaginario romántico de la noción moderna de compromiso. Entonces la discusión la memoria se vuelve necesariamente un problema generacional. Primer corte. Después cabrá la pregunta de si todos quieren recordar: lo que resultaría un ironía sobre la verdadera cuestión de sobre quienes verdaderamente quieren, pueden, deben (la solución parece definitivamente moral, traer al presente el pasado en la clave que Feinmann sugiere) recordar y qué cosas. Al respecto el pensador de la contratapa de Página 12 nos dice:

“cuando la sociedad elige olvidar, hundir en algún recoveco de la conciencia todo cuanto reniega, eso de lo que no quiere hacerse cargo. Lo que se olvida pasa a segundo o a tercer término. O no tiene término: cae en un socavón oscuro que, algunos suelen llamar inconsciente colectivo. El olvido es –sin embargo– persistente. Todo lo negado persiste en la conciencia, persevera. Lo negado engendra peste. Una patología devastadora que enferma a los pueblos [¹⁹]”.

Desandemos un poco la forma de componer el problema. La primera cuestión referirá ineludiblemente a la cuestión de la *decisión* y el sujeto de la misma: *el pueblo* (un tema sobre el que volveremos). Desde qué lugar el autor interpela a la subjetividad pueblo. Qué acciones naturales espera de él. Evidentemente ejerce en forma colectiva la decisión. Por qué mecanismos. A través de quiénes. No será que la construcción lógicamente puede devenir a la solución natural en este tipo de dilemas en el tratamiento que los medios hacen de la política: *en definitiva deben haber sido sus representantes*.

Parece renovar de a ratos entonces Feinman, su confianza en el *sujeto pueblo*. Los problemas entonces parecen no ser responsabilidad más o menos directa de una sociedad que ha encontrado la solución errónea de sus males en las representaciones históricas de los distintos momentos tensivos de la historia nacional. El problema pasa a ser sus referentes. Los mismos no son la expresión de los conflictos intestinos de una sociedad [²⁰]. De pronto adquieren una autonomía inusitada. Los responsables de las tragedias tienen nombres y apellidos, y además esta historia parece estar finalmente encontrando la senda de la justicia.

Es curioso que el autor de una tesis sobre la estructura polifacética del justicialismo (aparentemente tiene nueve caras: cuestión que resulta absolutamente superadora de la teoría de Antonio Cafiero, que alguna vez había hablado tan sólo de cinco razones para ser peronista) no se tome el trabajo de construir teóricamente las tensiones a través de las que se resuelve el vínculo identitario. Lo que es de alguna manera, resolver un malestar con el pasado. Nos preguntamos cómo es posible ver nueve soluciones de una misma consigna, y no admitir que la contradicción es la posibilidad más

constitutiva de la política. Pero lo que resulta definitivamente extraño, es que cumplir determinados rituales de la justicia, nos den cuenta del sujeto que el autor cree ver llamado a la solución de lo políticamente correcto. Pero entonces, no fue ese *sujeto pueblo* el que decidió colectivamente tomar las armas, golpear las puertas de los cuarteles, construir teorías que hablaban de demonios y aceptarlas como naturales, suscribir a los indultos, abrazar el neoliberalismo y al final resolver la totalidad de los males reconsiderando su memoria de esta manera, en definitiva, honrar unívocamente a sus víctimas:

“Porque todos están desaparecidos. Porque no hay desaparecidos buenos y desaparecidos malos. No hay desaparecidos “inocentes” y desaparecidos “culpables”. El monumento no es para los que desaparecieron aunque “no tenían nada que ver”. O sólo eran “inocentes perejiles”. El Monumento es para las Víctimas del Terrorismo de Estado. Es, también (seamos rotundamente claros), para Roberto Santucho, que organizó el nefasto ataque a Monte Chingolo y le hizo más fácil todavía el golpe a Videla además de llevar a la muerte a demasiados militantes que creyeron en su delirante propuesta: organizar el ataque guerrillero más importante desde el asalto al Moncada. Ni yo ni Pilar Calveiro, por ejemplo, tenemos la menor simpatía por Santucho. Hemos tenido enormes y agrias diferencias con los que eligieron los fierros en lugar de la política. Con los que se apartaron para siempre de todo proyecto popular a partir del asesinato alevoso y no confesado de José Rucci. Escribí un largo ensayo contra la violencia y los violentos, los que se escindieron de las bases, los que se sustentaron en una estrategia ciega y militarista que se extravió a sí misma reproduciendo en su interior el orden militar al que creían oponerse. Pero aquí, hoy, todos, ellos y los otros (insisto: todos) son mis compañeros y los de Marcelo.”

La pregunta que nos invade de pronto, interpela la traspolación al presente, a través de una justicia que es definitivamente otra cosa que aquella que imaginaron los distintos discursos de los '70. De pronto invade la prosa de Feinmann un hegelianismo que supone que la actuación actual del Estado, supone la Realización Sintética de una eticidad cuyas puntas de la contradicción cristalizaron en los '70 una conflictividad que la historia lavaría en el *leiv motiv* Derechos Humanos.

Se puede hacer “historia de un solo trazo”, y construir un puente tan instrumental del pasado al presente sin que resuene el eco de la sentencia del discípulo que acusaba a su viejo maestro de contribuir al engaño generalizado. Qué es suscribir a una visión tan sesgada del pasado, en pos de un presente que se asume como una llegada. Qué pasa cuando hablar del presente resulta un ejercicio de pura evocación del pasado. Cuando lo único que nos da sentido a lo actual es el purgamiento de sus fantasmas. Respuesta. Una serie de cosas. La primera es la desviación del presente y sus nudos problemáticos. La segunda sea posiblemente una contribución poco efectiva a problematizar la complejidad de la historia, lo que resulta en otra forma de empobrecer el presente y disponer soluciones al futuro.

La prosa casi literaria de Feinmann, oscila en los bordes del relato trágico para resolver simplificaciones. Unas hojas atrás definíamos a esta cuestión como un problema de la representación de la totalidad; posiblemente evitábamos aún poner en cuestión la responsabilidad política de ciertos dichos. No había semejante pobreza de consignas, no había suscripciones definitivas a las mismas, la violencia tenía definitivamente otro lugar, y la política rozaba el límite de una locura socialmente compartida que poco tiene que ver con este momento: y sin embargo en la construcción de la actualidad de Feinmann nada dice tanto como el pasado. Un pasado que enjuaga culpas en mártires recientemente definidos como tales y en clara actitud maniquea, se permite la licencia de igualar a una misma condición treinta mil almas:

“Hay una nueva generación que ya no cree en el país, y no es la del setenta, es la que nació con la democracia. Esto tiene que ver con la responsabilidad política de los últimos 18 años. La dictadura del Proceso no marcó a la sociedad argentina de una vez para siempre. Ni el terrorismo de Estado y la deuda externa de Martínez de Hoz definieron de un solo trazo nuestra historia. Si por sobrados motivos es adecuado hablar de fracaso nacional éste resulta de un sedimento, de un sistema acumulado de capas y complicidades. La historia reciente de la Argentina no se reduce a un grito original y un despliegue de ecos” [21].

Suponer una historia en capas, es suponer una historia con pliegues. Una historia que no admite ser encorsetada en el relato uniforme, que no acepta la alegoría redentora de juventudes maravillosas y maravilladas de utopías que ya no podrán ser por la solución trágica de un destino borrado por cuatro genocidas que barrió los sueños de las generaciones venideras. Creer esto es definitivamente tener depositada escasísima confianza en la sociedad: en un pueblo.

EL PUEBLO QUE DEBE RESOLVER LAS NUEVE CONTRADICCIONES INTESTINAS.

“los argentinos son unos tipos tan raros que han creado algo que no tiene definición posible o que es, esa definición, tan errática, evanescente, escurridiza que se nos escapa cuando creemos aprehenderla. A veces llegan a una conclusión: los argentinos no saben qué es el peronismo porque no saben qué son ellos. Y a otra: qué divertido es este país. En Europa –sobre todo en ciertos países– nos aburrimos moderadamente, no en exceso porque no hay excesos ahí. En Europa – como dice Heidegger en ese reportaje póstumo en Der Spiegel– ‘todo funciona’. En Argentina, las pocas cosas que funcionan no se entienden” [22]

El peronismo ha devenido una forma recurrente en la que Feinmann refiere a una identidad que no admite definición. El problema parece no estribar en que presente nueve, quince o sesenta caras posibles –ya que posiblemente admita más-, el problema vuelve hacer la necesidad de una definición de un trascendental del peronismo, en definitiva la necesidad de clausurar en una textualidad, una contrucción racionalista del sujeto pueblo, lo que supone para Feinmann más o menos el mismo problema de la definición del ser nacional. Hasta aquí no hemos coincidido en describir la base de la necesidad de tal cuestión:

“Porque, según se ha visto, nadie puede decir QUE ES el peronismo. Como nadie puede decir qué es ser argentino. Habrá que insistir en esa búsqueda” [23].

La representación racional de una subjetividad que atraviesa una temporalidad equivalente a toda la historia moderna de un país, tanto así como al porcentaje de población que, por tomar una referencia, constituye un porcentaje siempre significativo en los procesos electorales que han vivido estos años de democracia, parece al menos un acto de desmesurada pretensión textual.

Feinmann atraviesa una composición de las secuencias históricas del peronismo que supone la inmersión de un colectivo de esas características, casi irremediablemente en las más evidentes tendencias de una definición cada vez, conflictiva tanto centrifuga como centrípetamente. El peronismo, perdido en la imposibilidad de resolver sus dialécticas, parece exteriorizarle a la

totalidad de la nación los dilemas de su tragedia. La cuestión incurre en una imposibilidad lógica. Resulta de una incapacidad propia del peronismo de asumirse universalmente, la imposibilidad de la interpretación para dar cuenta de él. Al igual que en la cuestión de la definición de los males de la memoria, en el dilema de un único presente que pueda cumplir su definición, parece que Feinmann precisa imperiosamente definir lo indefinible. La pretensión de un universal “peronismo”, un problema que la teoría le traslada a la política en el mismo sentido en que Bourdieu alguna vez afirmó que la sociología le trasladaba a lo social la cuestión de la definición teórica de la clase.

Feinmann cree en un pueblo que es definible. Que resuelve una historia. El peronismo insiste en su indefinición. El peronismo en la medida de su conflictividad parece escapar a la lógica racionalista de un Feinmann que a veces ha creído que la política es una mala interpretación de un cuento de Borges. Un problema literario. Laclau nos aproxima una definición del problema que asume la universalidad como una imposibilidad y una tensión constante:

“lo cual significa que el “pueblo” solo puede ser constituido en el terreno de las relaciones de representación. Ya hemos explicado la matriz representativa de la cual emerge el “pueblo”: una determinada particularidad la función de representación universal; la distorsión de la identidad de esta particularidad a través de la constitución de cadenas equivalenciales; el campo popular resultante de estas sustituciones presentándose a si mismo como representación de la sociedad como un todo... muchas cosas importantes resultan de la imposibilidad de una universalidad última –entre otras, el surgimiento del pueblo-[²⁴]”

Referir al peronismo es como afirma Laclau, referir a un significante vacío. Es una estructura de significación de la que no habría por que esperar semejante autodefinición. Compone nexos que desbordan los límites que construye lo discursivo. Que compone una complejidad que se asume desde una negatividad a una situación de exclusión, y que compone la equivalencia desde la imposibilidad de un discurso. La vocación de recomponer esa fragmentación en una totalidad es parte de un juego de sabios cuya prosa exhibe el lujo del cual posiblemente la característica de esa negatividad no pueda hacerse cargo. Y sin embargo el lugar si le permite decir que son las otras tan ancladas subjetividades que dejan rellenar al peronismo sin lugar al debate.

UN CIERRE PROVISORIO

El medio gráfico, resulta un lugar privilegiado para la construcción de la opinión. Definitivamente, la representación periodística de la realidad cobra una sustancia privilegiada en la definición de las cuestiones que se problematizan socialmente. Las elocuentes aseveraciones sobre como lleva una forma fragmentaria de contar lo actual a los consiguientes procesos de fragmentación de la totalidad han sido contadas en los últimos quince años desde distintos lugares del espectro ideológico del periodismo y la academia nacional e internacional. Feinmann aporta su grano de arena semanal a la idea de que tal fragmentación es una endemia de nuestra cultura, y sin embargo lleva adelante unas totalizaciones que resultan ser a la vez fragmentarias. Exploramos timidamente sus concepciones de temporalidad y de representación de la idea de pueblo. Creemos que esa idea de la apelación a una identidad universal que define desde la ausencia de algunos sujetos de sus análisis tiene a la edificación de un pensamiento que coquetea con la modalidad moderna de un universal, que ciertas interpretaciones de clases aún reclaman desde la nostalgia de un pasado que se asume en la dialéctica de la realización de una absoluto a venir. Entendemos que en eso moldea una pretensión burguesa de imaginarios que no resuelven las problemáticas de otros tantos; a la vez que usufructúa el espacio del intelectual comprometido con una teleología: la propia. Definimos embrionariamente en Feinmann el síntoma de un vaciamiento del debate. Hallamos en Abraham el embrión de un

análisis por venir, en el que “hacerse cargo” connota otra actitud menos dandística frente al análisis. El debate sigue abierto.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Laclau, Ernesto. *Populismo, que hay en el nombre*. En Arfuch, Leonor. comp. **Pensar este tiempo, espacios, afectos, pertenencias**. Ed. Espacios del Saber n° 52. Paidós, 2005.

Palti, Elías José. **Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su crisis**. Fondo de Cultura Económica, 2005.

Lash, Scott. **Crítica de la información**. Amorrortu. Buenos Aires-Madrid, 2005.

CITAS Y REFERENCIAS

[¹] Una versión preliminar del presente trabajo fue propuesta para la publicación en la segunda entrega de los cuadernos de la Red Latinoamericana de Carreras de Ciencia Política (RE.LA.C.I.P.). La versión de la presente edición se encuentra revisada a la luz de una serie de comentarios de los miembros del equipo de investigación P&G (Política y Gestión), a cargo de la Lic. Cristina Díaz; y aumentada en función de una serie de investigaciones complementarias que resultan de la continuidad de dicho espacio.

[²] Decimos Ocurrente, porque consiste en una serie de suplementos que tienen la intención de componer un libro al final. Un libro contado de a partes semana a semana, dónde van apareciendo las interpretaciones del autor, respecto de algunos de los acontecimientos, nombres, símbolos más representativos de eso que el llama la “filosofía política de una obstinación argentina”: “el peronismo”. Pero fundamentalmente decimos ocurrente por la asunción de un tipo de lenguaje, y un tipo particular de destinatario: sobre el peronismo: “No es la desgrabación de un curso. Ni estará escrito como si el autor le hablara al lector y hasta dialogara con él. Esa experiencia ya fue ensayada con el proyecto anterior encarado desde este diario, los días domingo, cuando la gente quiere “cosas livianas” para leer después del asado o al borde de la piscina (pileta) o antes o después de jugarse un partido de fútbol o uno de tenis o jugar al truco o a la escoba de quince o a cualquier otra cosa. Esto es un libro con pretensiones desmedidas: historiar e interpretar al peronismo”.

[³] parece que no hicieran falta, su asunción del rol de filósofo que se toma la molestia del descenso de la contemplación de lo puro y habla a su público en una jerga que no desconoce, pero que ya le resulta ajena –ver cita 1- para explicar en términos de un lenguaje asequible a las masas, lo despoja de ese protocolo.

[⁴] En esta instancia parece propicio declarar lo que ya seguramente el lector advirtió, y es que Derrida, será nuestra hoja de ruta en el abordaje de los primeros ejes de este ensayo. A tal efecto, nos servimos de algunas de las recomendaciones vertidas en: “Espectros de Marx, El estado de la deuda, el trabajo, del duelo y la nueva internacional. Editorial Trotta. Traducción de José Miguel Alarcón y Cristina de Peretti, Valladolid, 1983, pp. 15-62.

[⁵] José Pablo Feinmann, *Filosofía política de una obstinación argentina*. Clase 1 (prólogo, introducción)

[⁶] José Pablo Feinmann, *Filosofía política de una obstinación argentina*. Clase 1 (prólogo, introducción)

[⁷] Slavoj Žižek, *las metástasis del goce. seis ensayos sobre la mujer y la causalidad*.

[⁸] José Pablo Feinmann, *Filosofía política de una obstinación argentina*. Clase 1 (prólogo, introducción)

[⁹] Aunque del resto de las observaciones vertidas, nos aproximamos más a creer que su interpretación es más bien schmittiana, bien vale la pena salvar que el deslizamiento de Mouffe hacia la concepción Agonal, implica toda una serie de renunciadas a la ontología del binomio Amigo-Enemigo, que bien ella se encarga de aclarar. Colocarlos en una perspectiva que permite leer en la misma clave, entendemos hace poca justicia.

[¹⁰] “La necesaria dis-yunción, la condición des-totalizante de la justicia es aquí la del presente y, al tiempo, la condición misma del presente y de la presencia del presente. Aquí se anunciaría siempre la deconstrucción como pensamiento del don y de la indeconstructible justicia, indeconstructible condición de toda deconstrucción, cierto, pero condición que está ella misma en deconstrucción y permanece, y debe permanecer –ésta es la inyunción- en la dis-yunción del Un-Fug. En caso contrario, descansaría en la buena conciencia del deber cumplido, perdería la oportunidad del porvenir, de la promesa o de la llamada, del deseo también (es decir, su «propia» posibilidad), de ese mesianismo desértico (sin contenido ni mesías identificables), de ese desierto abisal también, «desierto en el desierto», del que hablaremos más adelante, un desierto que hace señas hacia el otro, desierto abisal y caótico, si es que el caos describe antes que nada la inmensidad, la desmesura, la desproporción de una boca abierta de par en par -en la espera o en la llamada de lo que denominamos aquí, sin saber, lo mesiánico: la venida del otro, la singularidad absoluta e inanticipable del y de lo arribante* como justicia. Lo mesiánico, creemos que sigue siendo una marca imborrable -que ni se puede ni se debe borrar- de la herencia de Marx y, sin duda, del heredar, de la experiencia de la herencia en general. De no ser así se reduciría la acontecibilidad del acontecimiento, la singularidad y la alteridad del otro”. Cita textual del texto *Los Espectros de Marx*, Jacques Derrida.

[¹¹] Jacques Derrida, *Espectros de Marx*.

[¹²] Lash, Scott. *Crítica de la Información*. Buenos Aires: Amorrourtu, 2005.

[¹³] A los efectos de este ensayo, se han trabajado las clases 1 y 60.

[¹⁴] Abraham, Tomás. *El ensayo argentino*. Disponible en: <http://www.tomasabraham.com.ar>

[¹⁵] Lash, Scott. **Crítica de la información**. Amorrortu. Buenos Aires-Madrid, 2005.

[¹⁶] “(...) El argumento de este libro es que la crítica ya no es posible. A mi entender, el propio orden de la información ha borrado y devorado todos los trascendentales. Ya no existe espacio exterior alguno para dicha reflexión crítica. Y tampoco hay tiempo. No hay escape del orden de la información, por lo cual la crítica deberá provenir del interior de la información misma”, Cita textual del texto *Crítica de la Información*, Sott Lash, 2005.

[¹⁷] Abraham Tomás, “*Tensiones Filosóficas*”. Prólogo. 2001.

[¹⁸] Para una idea distinta de la noción de crisis ver Palti, Elías José, *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su crisis*. Pág. 13 y siguientes. FCE, 2005.

[¹⁹] Feinmann, José Pablo. *Parque de la memoria*. Diario Página 12. 09/09/2007. Disponible en versión digital.

[²⁰] Con una casi imposible capacidad de antelación, Tomás Abraham le contestaba a posiciones similares a esta reciente de Feinmann lo siguiente: “Vastas capas medias de la sociedad argentina, los representantes de las principales fuerzas económicas, mediáticas y eclesiásticas, recibieron con beneplácito el golpe de Videla. Rico y Patti gobiernan. Centrar hoy el terrorismo de Estado en personajes estelares del setenta es enfrascar una ideología en un estuche. No se trata de estrellas del mal, sino del panorama gris que las resalta”. Abraham, Tomás. “*25 años, las trampas de la memoria*”. Disponible en <http://www.tomasabraham.com.ar>

[²¹] Abraham, Tomás. “*25 años, las trampas de la memoria*”. Disponible en <http://www.tomasabraham.com.ar>

[²²] Por José Pablo Feinmann. *Las caras del peronismo*. Diario Página 12. 26-08-2007. Disponible en versión digital.

[²³] Idem.

[²⁴] Laclau, Ernesto *Populismo, que hay en el nombre*. En **Arfuch, Leonor**. comp. *Pensar este tiempo, espacios, afectos, pertenencias*. Ed. Espacios del saber n° 52. Paidós, 2005.